## TEOLOGIA Y RAZON HUMANA EN LA ENCICLICA "AETERNI PATRIS"

#### JOSE LUIS ILLANES

De ordinario los intentos de valoración del influjo ejercido por la encíclica «Aeterni Patris» se realizan desde la perspectiva de la filosofía más que desde la de la teología. La razón es sencilla y clara: históricamente ese documento pontificio resultó vinculado al movimiento neoescolástico, cuyo tono fue, sin duda alguna, predominantemente filosófico. Ciertamente ningún neoescolástico negó que la «Aeterni Patris» estuviera destinada a incidir en las tareas teológicas, antes bien todos estaban firmemente convencidos de lo contrario; pero, si analizamos el fondo de sus convicciones, advertiremos que una parte considerable de ellos explicaba esa incidencia por vía indirecta: al promover la restauración de la filosofía, que es el instrumento del que la teología se sirve, la encíclica debía afectar también, necesariamente, a esta última.

¿Es correcta esa interpretación? ¿El hecho de que la «Aeterni Patris» emplee mayoritariamente los términos «filosofía», «doctrina filosofíca» o «modo de filosofía» obliga a concluir que su interés es formalmente filosofíco y sólo indirectamente teológico? Es obvio que el simple planteamiento de este problema implica una cierta forma de entender las relaciones entre la filosofía, o, más concretamente, entre la filosofía cristiana —es decir la filosofía desarrollada por un cristiano y precisamente en cuanto que cristiano, es decir, con el impulso y la luz de la fe —y la teología. ¿La filosofía así entendida, el filosofar bajo el cielo de la fe, según la poética expresión de Georges Cottier¹, es una actividad extrínseca a la teología y previa a ella

<sup>1.</sup> Georges Cottier, Philosopher sous le ciel de la foi, en «Nova et Vetera» (1978) 267 ss.

o más bien un momento interior al teologizar? He ahí la pregunta que debe ser formulada para ir a lo hondo de la cuestión que hemos apuntado. Pero no la abordemos directamente y vayamos más bien al texto de la «Aeterni Patris». ¿En qué medida y de qué forma se ocupa la encíclica de la teología? Un primer paso parece indispensable en el intento de responder a esta cuestión: examinar las referencias explícitas a la teología que se hacen a lo largo de la encíclica.

#### LA TEOLOGÍA EN LA ENCÍCLICA «AETERNI PATRIS»

En cuatro momentos emplea la «Aeterni Patris» el substantivo teología o algunos de sus derivados. Uno de ellos es una referencia marginal <sup>2</sup>; los otros tres tienen en cambio importancia en orden a conocer lo que la encíclica dice respecto al ser de la disciplina que nos ocupa. Examinémoslos siguiendo el orden que, a nuestro parecer, contribuye más a esclarecer la doctrina de la encíclica, aunque no sea aquél con que esos párrafos aparecen en el documento.

## 1. La teología, saber especulativo

El primero de los párrafos que vamos a considerar aparece ya mediada la encíclica en un momento en que el Romano Pontífice toma posición con respecto a uno de los componentes más característicos del ambiente científico del siglo XIX: el auge de los estudios históricos. León XIII valora esa faceta del saber —y así lo reafirmará, también a nivel estrictamente teológico, en otros documentos de su magisterio 3—, pero, al mismo tiempo, subraya muy claramente que la teología se constituye como tal precisamente a nivel especulativo, ya que es ahí donde realiza lo que le es propio: buscar y promover el crecimiento en la comprensión del contenido de la fe. El estudio histórico tiene, en ese sentido, una función instrumental y ha de estar al servicio del momento especulativo: la teología,

<sup>2.</sup> Se trata de un párrafo en el que, trazando el elogio del Aquinate, León XIII señala que «ha habido hombres de gran competencia en el campo teológico y filosófico, que han investigado afanosamente en la obra inmortal de Tomás y se han dedicado a penetrar su angélica sabiduría para formarse en ella y hacer de ella su habitual alimento» (Enc. «Aeterni Patris»: Acta Sanctae Sedis, ed. de J. Pennachi y V. Piazzesi, vol. XII, p. 109).

<sup>3.</sup> Cfr., por ejemplo, la encíclica Providentissimus Deus: ASS, ed. cit., vol. XXVI, p. 284 ss.

concluye en suma, deberá ser cultivada según ese modo de proceder del que la escolástica ha ofrecido un ejemplo histórico de valor insoslayable.

Formula León XIII estas ideas después de dirigir una mirada al panorama de la filosofía de su tiempo, en la que advierte una dispersión en múltiples escuelas inconciliables entre sí. Como causas que explican ese fenómeno señala la pérdida de la fe, con el subjetivismo que de ahí deriva y también —y esto es lo que aquí nos interesa— lo que podríamos definir, con términos algo posteriores, como mentalidad historicista, entendiendo por tal un estilo de pensar en el que la mente trabaja ante todo con textos y opiniones, en dependencia de maestros cuva autoridad —más que la de las cosas mismas— se asume como criterio. Al denunciar esa deformación, el Romano Pontífice siente la necesidad de precaverse frente a un equívoco: que alguien pueda interpretar sus palabras como una condena a los «hombres doctos y esforzados que ponen su talento v erudición, junto con los resultados de los nuevos descubrimientos, al servicio de la filosofía»; nada más lejos de su intención, porque ese esfuerzo —comenta— «contribuve al desarrollo de la doctrina». «Pero -añade enseguida- se ha de evitar cuidadosamente que los trabajos de investigación erudita ocupen —total o principalmente— el espacio propio de la filosofía».

«El mismo razonamiento —continúa, llegando así a lo que inmediatamente nos interesa— es aplicable a la Sagrada Teología, que debe, sin duda, ser ayudada e ilustrada con los múltiples auxilios de la erudición; pero es de todo punto necesario que sea tratada según la grave costumbre de los Escolásticos, para que, unidas en ella las fuerzas de la revelación y de la razón, continúe siendo defensa invencible de la fe» <sup>4</sup>. La fe y la razón, o más propiamente hablando el conocimiento sobrenatural y el natural, son reales y auténticos conocimientos y no meras expresiones de la capacidad constructora de nuestra mente. La teología y la filosofía —prolongación de esos conocimientos a nivel científico— no son ciencias de tipo histórico, que versan sobre lo que los hombres dijeron, sino ciencias de tipo especulativo, que se ocupan de lo que las cosas son.

#### 2. La teología, posesión estructurada del contenido de la fe

El segundo de los textos que debemos considerar se encuentra en las primeras páginas de la encíclica. Hablando de las relaciones

<sup>4.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., vol. XII, p. 111-112.

entre fe y razón, afirma ahí León XIII que «la luz de la fe —que se añade a la de la razón— no apaga en absoluto, ni disminuye la fuerza propia de la inteligencia humana: al contrario, la perfecciona, acrecienta sus fuerzas y la hace hábil para una mayor profundidad cognoscitiva»; por eso, añade el Papa, el mismo orden de la Providencia exige que «al anunciar a los pueblos la fe y la salvación, se pida también el apoyo de la ciencia humana» <sup>5</sup>. Surge así, concluye, un «modo de filosofar» <sup>6</sup>, que no sólo conduce hacia la fe, teniendo por tanto una función propedéutica y apologética, sino que posee una auténtica función teológica. Esta forma de plantear el tema es, sin duda, muy reveladora del espíritu con que la encíclica aborda el tema de la filosofía; pero, dejando para luego ese aspecto, citemos por extenso el párrafo que, al llegar a este punto, escribe León XIII, a fin de poner de manifiesto las ideas que expone sobre la teología.

«Para que la Sagrada Teología —escribe— tome y revista la naturaleza, el hábito y la índole de la verdadera ciencia, se hace necesario (...) un nuevo uso permanente y múltiple de la filosofía. Porque la Teología —la más noble de las ciencias— necesita en grado sumo que las muchas y diversas partes de la doctrina revelada se reúnan en un cuerpo, para que perfectamente ajustadas dentro del conjunto y deducidas a partir de sus propios principios, estén todas esas partes relacionadas entre sí por una adecuada conexión; y necesita también que todas y cada una de esas partes se confirmen con argumentos propios y convincentes».

«Y tampoco se ha de pasar por alto o despreciar ese conocimiento más rico y profundo de las cosas que se creen, y esa inteligencia más lúcida de los mismos misterios de la fe —en cuanto esto es posible—, que Agustín y otros Santos Padres alabaron y procuraron conseguir y que el mismo Concilio Vaticano calificó de fructuosísimo. Conocimiento e inteligencia que, como es lógico, conseguirán mejor y con mayor facilidad aquellos que, a la integridad de la vida y al entusiasmo por la fe, unen un ingenio cultivado en las ciencias filosóficas, sobre todo teniendo en cuenta que el Concilio Vaticano enseña que esta misma inteligencia de los sagrados dogmas conviene tomarla ya de la analogía de las cosas que naturalmente se conocen, ya del enlace de los mismos misterios entre sí y con el fin último del hombre» 7.

<sup>5.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 99.

<sup>6.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 100.

<sup>7.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 101-102.

León XIII caracteriza en esos párrafos a la tarea teológica haciendo referencia a dos de las funciones de la razón creyente que, tradicionalmente, se han reconocido como propias de la Teología: la busca de una mayor inteligencia de la verdad creida, y la estructuración del conocimiento de fe en un cuerpo o todo unitario. De esas dos funciones, es a la segunda a la que atribuye la primacía en orden a definir el saber teológico. Podemos decir que, tal y como esos párrafos de la encíclica nos la describen, la teología se presenta como un esfuerzo por parte del creyente para penetrar en el contenido de la verdad que cree, esfuerzo que desemboca —primer paso del itinerario— en una mayor comprensión del dogma que en ese instante se considera, para alcanzar —punto culminante de este proceder— una ulterior perfección cuando los conocimientos se estructuran en un todo unitario, iluminándose los unos a los otros.

Es patente en toda esa descripción de la teología el influjo del planteamiento tomista, y más concretamente de la reelaboración de la noción aristotélica de ciencia como plexo de principios y conclusiones que Santo Tomás de Aquino llevó a cabo para, completando y prolongando la reflexión patrística, poner de manifiesto el valor de la teología como saber en sentido verdadero y propio 8. León XIII se sitúa decididamente en esa línea: cuando habla de teología habla de ella como ciencia, como saber nacido a partir del esfuerzo de la inteligencia creyente por alcanzar una mayor comprensión de lo que por la fe profesa, y plasmado en una exposición orgánica del contenido de la fe de tal forma que brillen su íntima coherencia y profunda verdad.

### 3. Teología y Filosofía

La teología, viene a decirnos León XIII, aspira a conocer la realidad de Dios, y del universo entero en cuanto que ordenado a El, profundizando en la palabra que Dios nos ha dirigido. Precisamente por eso se constituye como tal saber en la medida en que pone en relación los elementos integrantes, los contenidos de la palabra divina, hasta dar de la doctrina cristiana una exposición trabada y unitaria.

Esta visión de la teología condiciona un punto que, desde la perspectiva en la que estamos situados, tiene una importancia de-

<sup>8.</sup> Sobre este punto, entre otros numerosos estudios, pueden verse los de Marie-Dominique Chenu, La théologie comme science au XIIIe siècle, Paris 1957, y José Luis Illanes, Sobre el saber teológico, Madrid 1978.

terminante: el fuerte nexo que León XIII establece entre teología y filosofía. En cierto modo sus enseñanzas a ese respecto pueden resumirse diciendo que la teología puede constituirse como ciencia gracias al recurso a la filosofía, ya que es ese recurso lo que le permite al cristiano alcanzar, por vía de analogía, una mayor inteligencia de la verdad creída y poner de manifiesto las conexiones que unen entre sí a las verdades reveladas.

Estas consideraciones, presentes en los textos ya examinados, son reiteradas por León XIII en el último de los lugares de la «Aeterni Patris» en que se habla expresamente de la teología, por cierto como consecuencia de una cita. Esta tercera referencia a la teología aparece en aquella parte de la encíclica en la que León XIII traza un rápido panorama histórico con la intención de poner de manifiesto que el «modo de filosofar» que propugna no es una novedad, sino una realidad constante a lo largo de toda la tradición cristiana. Para ello habla de los Padres de la Iglesia, y, después, de los escolásticos, cuyo elogio realiza acudiendo a unas palabras de una Bula promulgada por Sixto V en 1588, en la que se alaba a la «teología escolástica», tal y como brilló sobre todo en Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, porque proporcionó siempre «gran auxilio a la Iglesia».

«Palabras —apostilla León XIII— que, si bien parecen abrazar sólo la teología escolástica, deben sin embargo entenderse también de la filosofía y sus excelencias» <sup>9</sup>. En efecto, se pregunta el Pontífice, ¿cuáles son las cualidades que hacen merecedora a la teología de los elogios que le acaba de dedicar Sixto V?: la ajustada y enlazada coherencia con que relaciona entre sí las causas y los seres, la disposición ordenada con que presenta la doctrina, la claridad en las definiciones y distinciones, la firmeza de los argumentos mediante los que separa lo verdadero de lo falso, responde acudiendo a otro párrafo de la Bula de 1588. Pues bien —prosigue la «Aeterni Patris»— «estas excelsas y admirables dotes se derivan únicamente del recto uso de aquella filosofía que los Doctores de la Escuela, de propósito y con plena conciencia, acostumbraron a usar incluso en la discusión teológica» <sup>10</sup>.

Lo que caracteriza a la teología escolástica —comenta el Pontífice— es la decisión programática, llevada a la práctica con rigor extremo, de acudir al razonar como instrumento al servicio de la explicación de la fe. Y, en ese sentido, constituye una experiencia

<sup>9.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 107.

<sup>10.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 108.

histórica que tiene alcance paradigmático, ya que confirma el valor de un método. «Siendo propio y específico de los teólogos escolásticos —continúa, por lo demás, el texto— el haber unido estrechamente la ciencia humana y la divina, la teología, en la que sobresalieron, no habría obtenido un tan notable prestigio entre los científicos, si hubieran sus cultivadores empleado una filosofía incompleta, imperfecta o superficial» <sup>11</sup>. El hecho de que la teología escolástica alcanzara tan importantes frutos, haciéndose merecedora de elogios encendidos, pone de manifiesto lo acertado de la decisión en la que se basa —la de acudir de forma programática al razonar humano—, así como la valía del filosofar concreto del que esos teólogos se sirvieron. De ahí que su obra —concluye León XIII— no sea un simple monumento histórico, glorioso pero pasado, sino una realidad viva que debe ser continuada.

# LA FILOSOFÍA EN LA «AETERNI PATRIS»: ALCANCE Y SIGNIFICADO DE UN VOCABLO

La presentación que acabamos de hacer de los textos de la «Aeterni Patris» en los que se habla expresamente de la teología nos permite sacar tres conclusiones. Primera: la teología es descrita por León XIII como una ciencia, como un saber. Segunda: ese saber, en su proceder intelectual, puede recibir ayuda de los datos de la investigación histórica, pero se constituye formalmente en cuanto tal a nivel especulativo, es decir, en el instante mismo en que desemboca en una comprensión más acabada de la realidad sobre la que se versa, o sea, Dios y el misterio de nuestra salvación. Tercera: la teología alcanza el rango de ciencia, y por tanto, realiza su substancia, gracias al uso de la filosofía.

Hemos hallado en la encíclica más de una afirmación importante a la hora de un debate sobre la naturaleza de la teología. Al mismo tiempo las preguntas que formulábamos al principio sobre las relaciones entre teología y filosofía parecen haber encontrado una respuesta que da la razón a aquellas corrientes neoescolásticas que vieron en la «Aeterni Patris» una invitación a dedicarse a la filosofía como tarea prioritaria, de la que el renacer teológico podría ser un ulterior fruto o consecuencia. Pero no debemos precipitarnos, ya que, si atendemos no sólo a la letra de la encíclica sino a su espíritu, la conclusión no es tan clara. En efecto: ¿qué entiende la

<sup>11.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 108.

«Aeterni Patris» por filosofía?, ¿en qué contexto se sitúan los textos que acabamos de reproducir y comentar? Ampliemos pues nuestro análisis.

#### 1. Naturaleza de la filosofía

Edgar Hocedez, al trazar la historia de la teología en el siglo XIX, afirma que en el conjunto del pensar y actuar católicos el pontificado de León XIII «marca innegablemente el comienzo de una etapa nueva» <sup>12</sup>. Esa novedad consistió —añade— en la superación de la actitud defensiva, que había predominado en las décadas anteriores, para dar paso a una promoción de la presencia activa de los cristianos en el momento cultural que se estaba viviendo <sup>13</sup>. Aunque entre la época leonina y las que le preceden no hay una contraposición absoluta, sí es cierto que León XIII se plantea con especial fuerza el problema de la renovación de lo cultural. Y ello incide frontalmente en la encíclica que estamos considerando ya que en ella León XIII aspira a restaurar el pensar cristiano, pero en orden a un fin más amplio y ambicioso: la restauración de la entera vida social.

León XIII, ya desde antes de su elección al solio pontificio, tuvo conciencia de vivir en una covuntura compleja y difícil de la historia: de «características dramáticas de nuestro tiempo» (acerbitas nostrorum temporum) habla de hecho en los párrafos iniciales de la «Aeterni Patris» 14. En la caracterización de ese drama y en la consiguiente propuesta de solución, una convicción rige todo el pensamiento leoniano: la centralidad de la inteligencia. La causa de «los males que nos oprimen» —escribe— «radica en que unos criterios erróneos sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace ya tiempo de ciertas escuelas filosóficas, han penetrado todos los órdenes de la sociedad y han sido aceptados servilmente por una gran mayoría. El hombre, que por naturaleza tiene a la razón como guía de su actividad, fácilmente decae en sus acciones volitivas cuando en algo le falla la inteligencia; y así acontece que la perversidad de las opiniones, cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas y las pervierte. Por el contrario, si el entendimietno

<sup>12.</sup> Edgar Hocedez, Histoire de la théologie au XIXe siècle, t. 3, Bruselas-Paris 1947, p. 7.

<sup>13.</sup> Juicios parecidos a los de Hocedez pueden encontrarse en otros historiadores más recientes; por ejemplo: Roger Aubert, L'Église catholique de la crise de 1848 à la première guerre mondiale, en Nouvelle Histoire de l'Église, t. 5, Paris 1975, p. 184-185; Gonzalo Redondo, La Iglesia en el mundo contemporáneo, Pamplona 1979, t. 2, p. 52.

<sup>14.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 98.

del hombre está sano y se apoya firmemente en sólidos y verdaderos principios, sus frutos contribuirán grandemente al bien común y privado» 15. Una solución se impone: la vuelta a la verdad y por tanto a Cristo, que nos la manifiesta y confirma. De ahí que la encíclica comience precisamente recordando que el Hijo del Eterno Padre «vino a la tierra para salvar al hombre e iluminarlo con la divina sabiduría» y estableció su Iglesia, dotándola de un magisterio infalible para que «los frutos de la doctrina revelada» duraran a lo largo de los siglos 16.

No es nuestra intención esbozar, ni siquiera en sus líneas generales, el entero proyecto cultural leoniano ni analizar los presupuestos eclesiológicos, antropológicos e historiográficos de los que depende, sino sólo poner de manifiesto un rasgo de capital importancia:. León XIII no está preocupado, primariamente, por una definición técnica precisa de la filosofía, sino por el influjo social de las ideas. De ahí que, como tendremos ocasión de mostrar en lo que sigue, emplee la palabra filosofía en un sentido amplio, que no coincide por entero con lo que el vocablo evoca en un contexto estrictamente académico.

Ello no quiere decir que en los escritos de León XIII la voz filosofía carezca de un contenido preciso; va que lo tiene, y bien concreto. Basta, en efecto, recorrer, aunque sea rápidamente, las páginas de la «Aeterni Patris» para advertir que León XIII, cuando habla de filosofía, la entiende como un saber, más aún, como un saber racional y supremo. Racional, porque dice relación a ese atributo propio del hombre que es la razón o inteligencia, es decir la capacidad para abrirse a la realidad de las cosas y desentrañar su naturaleza y sentido. Supremo, porque la filosofía versa «sobre las cosas divinas y humanas», sobre las realidades últimas y decisivas 17.

Stiuado a finales del siglo XIX, en una época que había presenciado el potente desarrollo de las ciencias positivas, León XIII valora ese progresivo ampliarse del conocer humano, pero quiere al mismo tiempo recordar que esas ciencias deben ser juzgadas y jerarquizadas desde un saber, radicado en la inteligencia como las demás ciencias, pero que verse no sobre un sector particular de la realidad, sino sobre el ser y el destino del mundo. Y ese saber es el que se designa con el nombre de filosofía.

La filosofía es —afirma— «sabiduría reguladora» (sapientia moderatrix) 18, ciencia que, situándose a un nivel superior al de los

<sup>15.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 98.

<sup>16.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 97.
17. Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 98; cfr. p. 104.
18. Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 113.

otros saberes, puede determinar el lugar que ocupa cada uno de ellos en el conjunto del saber humano y los criterios que deben informar su proceder y su aplicación práctica. De ahí la importancia de la filosofía, los males que se siguen de su decadencia y los beneficios que es legítimo esperar de su restauración, que servirá sin duda para «la defensa de la fe católica, para el bien de la sociedad y para el desarrollo de todas las ciencias» <sup>19</sup>. Porque —y en este punto insiste ampliamente el Pontífice— si la filosofía es recta, verdadera, su función reguladora no daña a las ciencias, sino que las favorece, ya que reciben de ella luz para determinar con exactitud su propia naturaleza y método, así como energía e inspiración para su trabajo <sup>20</sup>.

#### 2. Insuficiencia de la filosofía

Pero, para conocer lo que León XIII entiende por filosofía, no podemos limitarnos a recoger los textos en que proclama la importancia de la realidad a la que designa con ese término: hemos de considerar también aquellos en los que señala su insuficiencia y sus condiciones de ejercicio. Veamos ahora el primero de esos puntos.

La rectitud de la filosofía, dice León XIII al inicio de la «Aeterni Patris», es condición indispensable para el buen vivir social. Pero, apenas ha asentado esa afirmación, siente la necesidad de precisar su alcance. «Por supuesto —advierte—, no pretendemos atribuir a la humana filosofía naturaleza y autoridad suficientes como para que pueda ella por sí misma rechazar y arrancar todos los errores». Un tal resultado —añade— puede esperarse sólo de la acción salvífica de Dios: «así como, al ser instituida la religión cristiana, el hombre recuperó su dignidad primitiva mediante la admirable luz de la fe —difundida no con las persuasivas palabras de la humana sabiduría, sino en la manifestación del espíritu y de la verdad (1 Cor 2, 4)—, así también nuestra época debe apoyar en el auxilio del Dios Todopoderoso su deseo de que se disipen las tinieblas del error y de que las inteligencias de los hombres vuelvan a la verdad» 21.

Sólo la fe y la acción de la gracia pueden salvar al hombre; sólo ellas pueden garantizar la superación del error y del pecado y, por tanto, esa paz y ese progreso que le es dado desear al hombre durante su vivir terreno. La filosofía, desde esta perspectiva, se pre-

<sup>19.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 114.

<sup>20.</sup> Cfr. Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 98 y 113-114.

<sup>21.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 98.

senta como una ayuda, como un «apoyo» (praesidium), como un «auxilio natural» (naturale adiumentum)<sup>22</sup>, que contribuye a que la fe pueda nacer y, una vez nacida, desplegar toda su eficacia. De hecho, las afirmaciones que acabamos de citar se prolongan, en el texto de la «Aeterni Patris», a través de una serie de páginas —una sexta parte de la encíclica— destinadas a poner de manifiesto los frutos que para la vida de la fe trae consigo el recurso a ese auxilio que es la ciencia filosófica. La filosofía puede, en efecto, allanar el camino hacia la fe no sólo en cuanto que da a conocer algunas verdades sobre Dios y su providencia —los llamados preámbulos de la fe-23, sino también en cuanto que, al percibir esos signos mediante los que Dios ha testificado la realidad de la revelación, contribuye a que la inteligencia sea atraída hacia la fe y se abra a una obediencia racional al hablar divino 24; la filosofía, por otra parte, una vez recibido el don de la fe, facilita que ésta crezca y se desarrolle, haciendo posible que progrese la comprensión a la verdad creída, hasta acabar siendo poseída en forma de ciencia, es decir, hasta engendrar la teología 25, e interviene, además, eficazmente en defensa de las verdades divinas, destruyendo los argumentos e insidias de quienes las combaten 26.

En otras palabras —y como era de esperar en un texto pontificio, es decir en un documento de signo religioso—, León XIII al hablar de la filosofía habla de un uso de la razón al que juzga, en última instancia, por su relación a la fe. Con ello no niega que exista un conocimiento exclusivamente natural y racional —al contrario lo afirma, como señalaremos a continuación—, pero sí enseña que ese conocimiento no tiene carácter absolutamente supremo, de forma que debe abrirse, y servir, a un conocimiento superior: el de la fe. Desde esta perspectiva la palabra filosofía designa, en la «Aeterni Patris», un momento intelectual que prepara el acto de fe o lo prolonga; algo pues que va mucho más allá de lo que, en los ámbitos académicos, se designa con ese término.

#### 3. Condiciones de ejercicio de la filosofía

Nos falta sin embargo por considerar otro punto a fin de precisar el sentido con que la «Aeterni Patris» usa la palabra filosofía: las condiciones de ejercicio de ese saber.

<sup>22.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 99.

<sup>23.</sup> Cfr. Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 99-101.

<sup>24.</sup> Cfr. Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 101.

<sup>25.</sup> Cfr. Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 101-102.

<sup>26.</sup> Cfr. Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 102-103.

León XIII aborda este tema inmediatamente después de los parágrafos que acabamos de considerar. «Para que la filosofía sea capaz de producir los preciosos frutos que hemos referido es, sin embargo, de todo punto necesario —declara— que jamás se aparte de las sendas que siguió la venerable antigüedad de los Padres y que aprobó el Concilio Vaticano con su solemne autoridad» <sup>27</sup>. Esas sendas se caracterizan por un rasgo fundamental: la unión vital de la razón con la fe. Esa necesidad es justificada por el Pontífice desde una doble perspectiva:

- a) En primer lugar porque el proceder de la inteligencia cristiana presupone haber aceptado «muchas verdades del orden sobrenatural que superan en mucho a la capacidad de toda inteligencia», y «la razón humana, consciente de su propia limitación, no puede pretender alcanzar cosas que la superan, ni negar esas mismas verdades, ni medirlas por su propia capacidad, ni interpretarlas a su antojo; antes bien, debe recibirlas con fe humilde y plena y tener en sumo honor el que le sea permitido servir, como esclava y servidora, a las verdades divinas y de algún modo, por la bondad de Dios, llegarlas a conocer» <sup>28</sup>;
- b) En segundo lugar porque, si bien existen verdades o doctrinas «que la inteligencia humana puede percibir naturalmente», de forma que en su conocimiento e investigación la filosofía puede usar «de su propio método y de sus propios principios y argumentos», ello debe hacerse «no de tal modo que (la inteligencia) parezca querer sustraerse a la autoridad de Dios» <sup>29</sup>.

Dos formas de filosofar —duo genera philosophandi, diríamos con las palabras latinas que emplea la encíclica— se dibujan así en el horizonte. En primer lugar —comencemos describiendo el que León XIII rechaza y combate— el «filosofar sin respeto alguno a la fe», en el que cada pensador se atribuye «la libertad de elucubrar caprichosamente, a la medida de la propia subjetividad» <sup>30</sup>. Forma de actuar que —comenta —conduce al proliferar de opiniones encontradas, «aun acerca de las cosas fundamentales del conocimiento humano», y por consiguiente a la incertidumbre, a la vacilación, a la duda sobre la capacidad misma de la inteligencia, con el con-

Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 103.
 Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 103.

<sup>29.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 103. La existencia de un conocimiento natural había sido reafirmada ya antes por la misma encíclica: ASS, ed. cit., p. 99.

<sup>30.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 111.

siguiente refugio en una erudición historicista, fruto de la pérdida del sentido de la verdad<sup>31</sup>.

En segundo lugar aquel modo de proceder en el que «el estudio de la filosofía (se une) con la obediencia a la fe cristiana» 32. Así filosofó —señala León XIII— la tradición cristiana, desde los primeros apologistas hasta los escolásticos, pasando por los grandes Padres de la Iglesia y culminando en Santo Tomás 33; y así deben filosofar los creyentes de nuestra época.

Al hacer esta recomendación, León XIII, hijo de esa época teológica marcadamente apologética que fue el siglo XIX, pone de manifiesto la función de protección y defensa de la fe que un tal modo de filosofar está destinado a asumir. Pero su pensamiento no se detiene ahí: de acuerdo con esa preocupación por la incidencia cultural del cristianismo que caracteriza toda su actuación, su mirada atiende también al valor que para la entera vida de la inteligencia, facultad hecha para el conocimiento efectivo de la realidad, tiene el método que quiere recomendar. La unión vital entre fe y razón —subrava— no destruve ni adultera la capacidad humana de saber, sino que la potencia, ya que Jesucristo, que es «la fuerza y la sabiduría de Dios (I Cor 1, 24) y en el que están escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2, 37)», es «también el restaurador de la ciencia humana» 34. «La luz de la fe —que se añade a la de la razón— no apaga en absoluto, ni disminuve la fuerza propia de la inteligencia humana: al contrario, la perfecciona, acrecienta sus fuerzas y la hace hábil para una mayor profundidad cognoscitiva» 35, ya que «el esplendor de las verdades divinas, al penetrar en el alma, conforta a la misma inteligencia humana, que nada pierde de su dignidad, sino que recibe un más alto nivel de nobleza, de penetración intelectual y de solidez» 36.

En efecto, añade en el mismo párrafo del que están tomadas las palabras que acabamos de citar, la razón humana, siendo limitada, está expuesta al error y a la ignorancia: la fe cristiana, basada en la autoridad de Dios, ofrece un criterio de verdad que permite evitar el error y superar la indecisión, la inquietud y la duda; por eso quienes, guiándose por la luz de la fe «usan la agudeza de su talento para rechazar las teorías contrarias a la fe y aprobar las

<sup>31.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 111.

<sup>32.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 103-104.

<sup>33.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 104-109.

<sup>34.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 104. 35. Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 99.

<sup>36.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 104.

que concuerdan con ella, realizan el más digno y útil ejercicio de la razón; pues, en el primer caso, descubren las causas del error y muestran lo infundado de los argumentos que aquellas teorías invocan; y, en el segundo, calibran la solidez de las razones que aportan y la capacidad de convicción que tienen para un hombre sensato. Sería absurdo negar que esta actividad intelectual aumenta la potencia de la mente y desarrolla sus facultades, pues ello equivaldría a sostener que distinguir lo verdadero de lo falso no conduce al enriquecimiento del espíritu humano» <sup>37</sup>.

#### EL ESPÍRITU DE LA «AETERNI PATRIS»

Después del recorrido que hemos realizado a través de la «Aeterni Patris» recogiendo y sistematizando los párrafos en los que León XIII emplea el término filosofía, podemos volver a la pregunta que antes formulábamos: ¿qué alcance atribuye el Pontífice a ese vocablo?

Los textos que hemos citado, releídos teniendo presente la historia posterior, pueden traer a la memoria una de las polémicas que, desde 1930, aflora periódicamente, unas veces con más virulencia otras con menos, en los ámbitos intelectuales católicos: la discusión en torno a la expresión «filosofía cristiana» <sup>38</sup>. Algunas frases de la encíclica, y el hecho de que el subtítulo con el que fue designada hable precisamente de «restauración de la filosofía cristiana», podrían hacer pensar que, en uno y otro contexto, la palabra filosofía significa exactamente lo mismo. Pero una tal conclusión sería precipitada.

Quienes como Gilson, Maritain, Brehier, Blondel, etc. discutieron sobre la posibilidad y naturaleza de una filosofía cristiana eran

<sup>37.</sup> Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 104. De ahí el optimismo con que, en las páginas iniciales de la encíclica, después de haber trazado un elogio de los logros de la filosofía precristiana, añade: «Si la razón natural del hombre dio fruto tan espléndido —en el campo de la doctrina— aun antes de ser fecundada por la fuerza de Cristo, ¡mucho más abundante será el que produzca después de que la gracia del Salvador restauró y enriqueció las fuerzas naturales de la inteligencia humana!» (ASS, ed. cit., p. 100).

<sup>38.</sup> El mejor balance de esas discusiones lo constituyen, sin duda, las obras del filósofo italiano Antonio Livi, Il cristianesimo nella filosofia, L'Aquila 1969; Etienne Gilson: Filosofia cristiana e idea del límite crítico, Pamplona 1972; y Il problema della filosofia cristiana, Bolonia 1974. El problema ha continuado vivo, sobre todo en Italia; como desarrollos más recientes pueden mencionarse la obra L'Equivoco della «filosofia cristiana» e il cristianesimo-filosofia, de Teodorico Moretti-Costanzi (Bolonia 1978), y los artículos de Silvano Buscaroli y Giovanni di Napoli en la revista «Studi Cattolici», 212 (1978) 630-633; 217 (1979) 203-208.

todos ellos personas estrechamente vinculadas a los ambientes académicos. Cuando empleaban la voz filosofía querían referirse a un saber determinado, distinto de otros, situado en un puesto preciso en el conjunto del árbol de las ciencias. Podían disentir, y disentían de hecho, sobre el punto de partida y el término o punto de llegada de ese saber, así como sobre las relaciones vitales que deberían o no establecerse entre dicho saber y las convicciones religiosas de quienes lo cultivaran, pero, en cualquier caso, se referían a un itinerario racional específico, distinto netamente del teológico.

En la «Aeterni Patris» no ocurre lo mismo. Ciertamente la encíclica distingue entre filosofía y teología, pero nunca define exactamente el alcance de uno y otro vocablo, y, en más de una ocasión, atribuye a la filosofía fuciones netamente teológicas 39. Más aún, si bien a lo largo de la «Aeterni Patris» León XIII se refiere constantemente a la razón, es obvio, incluso en una primera lectura, que la razón de la que habla no es la mera razón sino la ratio manuducta per fidem, la ratio fide illustrata, por recordar las expresiones clásicas de Santo Tomás de Aquino 40 y del Concilio Vaticano I 41. En ese sentido no faltarían argumentos para sostener incluso que la ciencia a la que León XIII se refiere cuando habla de la «recta filosofía» es pura y simplemente la teología, a la que —como señalara Tomás de Aquino 42 no sólo le compete, en cuanto ciencia, exponer y explicitar el contenido de la fe, sino también, en cuanto ciencia suprema o sabiduría, analizar el camino que hacia la fe conduce, defender los artículos de la fe frente a quienes pretendan negarlos o combatirlos y establecer la jerarquía de valores que permita juzgar de la entera realidad, o sea, la totalidad de las funciones que, hablando de un recto modo de filosofar, menciona y analiza la «Aeterni Patris».

Sólo que asentar esa conclusión sería, por un extremo distinto al anterior, forzar el texto de la encíclica atribuyéndole una perspectiva metodológica a la que es ajena. Digamos por eso, a fin de

<sup>39.</sup> Véase, por ejemplo, el texto en el que, elogiando a San Agustín, pregunta «¿Qué punto de la filosofía no trató y, aún más, cuál no investigó con toda diligencia, tanto cuando propuso a los fieles los altísimos misterios de la fe y los defendió contra la excitada argumentación de los adversarios; como cuando redujo a la nada las fábulas de los maniqueos y de los académicos, colocando sobre tierra firme y dando estabilidad a los fundamentos de la ciencia humana, y cuando indagó sobre la naturaleza, el origen y las causas de los males que oprimen al género humano?» (Enc. Aeterni Patris: ASS, ed. cit., p. 106).

<sup>40.</sup> Tomás de Aquino, In I Sententiarum, prólogo, q. 1, a. 3, sol. 3.

<sup>41.</sup> CONCILIO VATICANO I, Constitución Dei Filius, cap. 4 (Denz. Sch. 3016). 42. Tomás de Aquino, Summa Theologiae, I, q. 1, a. 2, 6 y 8 y lugares paralelos.

ser fieles al tenor literal de la encíclica, que León XIII emplea la palabra filosofía en un sentido amplio y genérico ya que designa con ese nombre todo uso que el hombre hace de su razón en orden a conocer la realidad, independientemente del carácter —profano o religioso— que tenga la verdad a la que se abre la inteligencia, y de la vía —natural o sobrenatural— a través de la cual tenga acceso a ella. De ahí que no tenga el menor obstáculo en incluir dentro del ámbito filosófico el esfuerzo de penetración que el cristiano realiza guiado por su fe; más aún que vea en ese esfuerzo la garantía suprema del recto filosofar —es decir, del recto modo de acceder a la realidad de las cosas—, ya que la fe no separa al hombre de la verdad sino que, al contrario, se la comunica.

Diversos aspectos del lenguaje, tono y contenido de la «Aeterni Patris» se clarifican si situamos la encíclica en su contexto histórico. No conviene olvidar en efecto que fue publicada sólo nueve años después de la celebración del Concilio Vaticano I, en el que la Iglesia, llevando a término la larga batalla intelectual desarrollada en las décadas anteriores, había reafirmado, frente al racionalismo, la sobrenaturalidad de la fe, y en el que -dato éste igualmente significativo— había confluido también otra gran polémica teológica de aquellos años: la antifideista. A decir verdad, ambas polémicas, la antiracionalista y la antifideísta, no son dos momentos intelectuales independientes, unidos sólo por la cronología, sino dos facetas de un mismo proceso: el fideísmo es una reacción insuficiente frente al racionalismo, por lo que el rechazo de este segundo debe conducir, más pronto o más tarde, a un enfrentamiento con el primero. Postular una heterogeneidad entre fe y razón, como lo hace el fideísmo, es afirmar la trascendencia de la fe, pero encerrándola en un cielo empíreo, carente de conexiones con el pensar racional y, por consiguinte, sostener que este último, con todo el vivir ordinario que de él depende, se desarrolla al margen por entero de las perspectivas cristianas: un supernaturalismo mal entendido viene así a coexistir con un naturalismo, al menos larvado.

León XIII sintió hondamente este problema desde la perspectiva que le era más connatural: la de las relaciones entre el cristianismo y la cultura. Quien aspira, como él aspiraba, a promover una presencia activa del cristiano en la cultura contemporánea, no puede por menos de percibir las carencias del fideísmo y la urgente necesidad de proclamar que la fe no se sitúa paralelamente a la razón, sino que incide en ella: sólo en efecto una fe así comprendida y vivida es capaz de informar y, en su caso, de sanar a una cultura.

Eso explica que el Pontífice se muestre preocupado por las cuestiones fronterizas entre fe y razón, ya que advierte que es ahí donde se juega la batalla decisiva. Y a la vez da razón de la ambivalencia de su terminología, ya que, desde la perspectiva en que se sitúa, las precisiones epistemológicas tienen una importancia secundaria. A lo que aspira en efecto es a algo mucho más radical: a recordar a los creyentes que fe y razón no constituyen dos mundos separados, que la fe por tanto puede y debe fecundar la entera vida de la inteligencia.

El pensar cristiano, tal y como León XIII lo concibe y propugna en la «Aeterni Patris», implica tanto unas verdades sobre Dios, el hombre y el mundo —las que al respecto enseña la fe cristiana y las que de ellas derivan— como una actitud o modo de proceder. Y ambos aspectos son esenciales. Nos apartaríamos del espíritu de la «Aeterni Patris» si redujéramos sus enseñanzas a un mero formalismo, olvidando las verdades que afirma y presupone; pero nos apartaríamos igualmente si, subrayando esas verdades, olvidáramos que lo que León XIII aspira a restaurar es precisamente un philosophandi genus, un philosophandi institutum: una manera de pensar, una forma de proceder de la inteligencia.

Resulta así patente el equívoco en que incidieron aquellos filones de la neoescolástica que, con posterioridad a la publicación de la «Aeterni Patris» y a veces incluso remitiendo a ella, pusieron todo su empeño en la formulación de una filosofía, «edificada con las fuerzas de la sola razón», que constituyera una propedéutica y una defensa de la fe. Sin entrar ahora a examinar la coherencia real de ese empeño, ya que hay motivos más que fundados para dudar de la «pura racionalidad» de esos intentos, es obvio, en cualquier caso, que implican un giro copernicano con respecto al programa propugnado por la «Aeterni Patris» e inciden, al menos en algunas de sus formulaciones, en un curioso racionalismo apologético, ya que pretenden defender la fe, pero negándose a aceptar el punto en el que, como antes subrayábamos, radica la superación radical del racionalismo: la admisión de auténticas relaciones vitales entre fe y razón.

Ni que decir tiene que un tal racionalismo no se corrige por la vía del simple recurso al calificativo de «cristiana» para aplicarlo, a modo de denominación extrínseca, a la filosofía que se cultiva; ni tampoco por el mero colocar la propia empresa bajo el patrocinio de Tomás de Aquino. Lo que requiere es el reconocimiento de la valencia racional de un itinerario intelectual que haya procedido bajo la luz de la fe. En otras palabras, y como señalara Etienne Gilson

en esa especie de testamento intelectual que es su *Le philosophe* et la théologie, el reconocimiento del valor racional de la teología, saber distinto del filosófico —ya que no procede de las criaturas al Creador, sino del Creador a las criaturas—, pero capaz no obstante de integrar la filosofía en su propio proceder y, de esa forma, hacerla progresar <sup>47</sup>.

En este sentido quizás quepa concluir que, para ser fieles al espíritu de la «Aeterni Patris», es necesario ir más allá de su letra, a fin de marcar con claridad plena el carácter unitario del pensar. La restauración del pensar cristiano, que la encíclica propugna y auspicia, no puede ni debe identificarse con un proceso cuya primera etapa consista en una revitalización de la filosofía que sólo después dará paso a un renacer teológico, ni siquiera añadiendo que esa revitalización de la filosofía se hará bajo la luz y la guía de la fe, ya que ese planteamiento, a pesar de las buenas intenciones de sus patrocinadores, consagra la reducción de la fe a mero criterio extrínseco, y en gran parte negativo, de un pensar estructurado a partir de algo exterior a ella misma: la experiencia meramente humana. Yendo a la raíz de la problemática que la «Aeterni Patris» plantea, podemos afirmar que el pensar cristiano implica una convicción profunda en la verdad de la fe que mueve a la inteligencia crevente a entrar, desde la fe, en diálogo con la experiencia humana, y con la reflexión que de ella deriva, de tal forma que esa reflexión sea llevada más allá de sí misma y la fe despliegue toda su riqueza.

Con ello, como es obvio, no negamos —al contrario, presuponemos— la realidad de un conocimiento natural; ni excluímos la legitimidad de la decisión por la que un creyente opta por asumir como punto de partida para su reflexión la experiencia que tiene en común con los demás hombres, o por centrar su atención en la problemática filosófica en el sentido más estricto de la palabra. Pero afirmamos —y esto decididamente— que la teología es no sólo la cumbre del pensar cristiano, sino también su alma e incluso su manifestación primera y originaria, de la que todas las demás dependen y derivan. Aquella, además, que al penetrar en la realidad de Cristo que «revela plenamente el hombre al hombre mismo» 44, permite al cristiano pronunciar la palabra que de él espera el tiempo que le es contemporáneo.

<sup>43.</sup> Cfr. Etienne GILSON, Le philosophe et la théologie, Paris 1960, p. 112-119. 44. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral Gaudium et spes, n. 2; cfr. Juan Pablo II, Encíclica Redemptor hominis, n. 8.

Todo lo cual explica la paradoja, perceptible por cualquiera que lea la «Aeterni Patris», de que una encíclica que habla constantemente de filosofía y de modo de filosofar, alegue, como ejemplo de la actitud que propugna, a pensadores, desde San Justino a San Buenaventura, desde San Gregorio de Niza a Santo Tomás, que se consideraban a sí mismos, y eran, teólogos: servidores y comentadores de la palabra de Dios. Y aquella otra, no menos evidente para quien repasa la historia del pensamiento humano, de que aquellos autores cristianos que más profunda huella han dejado en el campo intelectual y racional, han sido precisamente aquellos que han cultivado esa ciencia compleja y ardua que es la teología.

#### Summarium

## THEOLOGIA ET RATIO HUMANA SECUNDUM ENCYCLICAM "AETERNI PATRIS"

Epistolae Encyclicae Aeterni Patris, quae ad extendendam christianorum speculationem intendit, finis et obiectum solusne est et formaliter philosophicus? Utrum indirecte tantum finis eius theologicus quoque est — prout in philosophicum incidit munus — an directe ad theologiam spectat? Quorum quaestionum solutio iudicium implicat ferendum de nonnullis neo-scholasticorum coetibus et ad modum quo relationes inter philosophiam et theologiam concipiantur attinet.

In primis textus illi examinandi sunt Encyclicae qui explicite de theologia disserunt, vel apertis quidem verbis vel saltem cum illis connexis. Hinc tres eruuntur conclusiones. Prima quidem est quod theologia a Leone XIII ut scientia vel ut cognitio quaedam describitur. Altera autem quod haec cognitio, quamvis in suo intellectuali munere elementis ab historiae studio depromptis uti possit, tamen formaliter et qua talis tamquam scientia proprie speculativa aedificatur, videlicet prout ad quandam altiorem intelligentiam pervenit sui obiecti, scilicet Dei et salutis nostrae mysterii. Tertia denique quod theologia statum attingit scientiae atque ideo proprium perficit munus et perfectum consequitur finem propter philosophiae usum.

Conclusiones nostrae sustinere videntur interpretationem illam quae philosophiam centrum et obiectum praecipuum esse Encyclicae tenet. Attamen accuratius videtur investigandum ut quid de philosophia revera censuerit Leo XIII plane elucidetur, ne autem incidamus in errorem isti tribuendi verbo alium momentum quo pollet in textu Encyclicae. Si quis attente Litt. Encyclicas consideraverit, pro certo habebit Leonem XIII verbo "philosophiae" usum esse in ampliori et generali sensu, qui non totaliter convenit cum stricto accademicorum usu, quoniam "philosophia" secundum Leonem XIII universam indicat rationis humanae operationem ad omnes res reales intelligendas, nullam prorsus habens considerationem de aspectu, vel profano vel religioso, illius veritatis quam intellectus attingit neque de via, vel naturali vel supernaturali, per quam ad eandem pervenit.

Leo XIII certamen adversus rationalistas et fideistas, quod totum saeculum implevit, prosequitur atque suam ostendit sollicitudinem non tantum circa verborum exactitudinem versari —hinc porro generalis sensus qui philosophiae tribuitur— sed contra circa fundamentalem et veram quaestionem: quomodo certiores faciat christifideles fidem et rationem minime duas esse regiones totaliter inconnexas, quin etiam fidem universam alere intellectus vitam et posse et debere.

Concludere ergo possumus statuentes simplicem proetergredi oportere litteram, ut fidem servemus genuino Pontificis studio et intentioni atque ut clare percipiamus intellectum de facto munus exercere suum per modum unius. Christianae philosophiae reparatio, quam valde optat Encyclica, minime convenit cum processu, in quo ante philosophia novam obtineat vitam et postea tantum renovatio efficiatur theologiae, sed e contra ipsa iam ab initio theologicam sollicitudinem postulat, quippe quae non tantum christianorum sit culmen civitatis et cultus sed eorum quoque quasi anima sit et quaedam prima et originalis manifestatio, a qua ceterae pendent ac veniunt universae.

#### Summary

## THEOLOGY AND HUMAN REASON IN THE ENCYCLICAL AETERNI PATRIS

The encyclical Aeterni Patris is primarily destined to the promotion of christian thought. The question which immediately strikes the reader's attention is whether the encyclical has a formally philosophical and only indirectly theological interest. If, in turn, theology is not considered only in terms of its influence upon philosophy, the interest of the encyclical lies in its straightforward dealings with theological issues. The answer to this question necessitates a value judgement regarding certain sectors of neo-scholastic thought and depends upon how one understands the relations between philosophy and theology.

First of all, we must analyze those sentences in Aeterni Patris where the word theology is used explicitly or where one of its derivatives may be found. Such a study of the text leads us to three conclusions. First of all, Leo XIII describes theology as a science. Secondly, throughout its procedure, this science is aided by data received from historical research. In spite of this aid theology maintains its speculative status because it offers a more complete understanding of the object studied; that is to say, God and the mystery of our salvation. Lastly, theology attains a scientific status, viz., fulfills its end, through the use of philosophy.

These conclusions appear to support the point of view which interprets the central interest of the encyclical as philosophical. Nevertheless, further analysis is required so as to reveal exactly what Leo XIII understood as philosophy with the hope of avoiding any equivocal notion of this understanding. A detailed study of Aeterni-Patris leads us to the conclusion that Leo XIII uses the term "Philosophy" in a very broad sense which does not coincide with the strictly academic meaning. In this encyclical "Philosophy" designates all use that man makes of his reason to understand reality. Furthermore, this term is applied to all truth apprehended by man's intelligence however

profane or religious in character or however natural or supernatural in approach.

Leo XIII continues the anti-rationalist and anti-fideist contention which was so prevalent in the nineteenth century. He manifested less concern for epistemological precision than for what he considered to be a more important question. That is to say, he reminded all believers that faith and reason are not two separate worlds, that the faith can and must enrich the whole of intellectual life. With this in mind, to be faithful to the spirit of Aeterni Patris one must go beyond the letter and clearly denote the unifying character of the intellect. The restoration of christian thought that the encyclical asserts cannot be identified with a philosophical revival which would give way to a new theology. Rather, the encyclical is theological from the very beginning inasmuch as theology is not only the summit of christian thought but also its soul, its first manifestation from which all others are derived.